El Comanche

Carmelo Gómez

Image not found.

Capítulo 1

El amor, ese viejo neón al que aún se le encienden las letras (K. Iribarren)

De El Comanche ya apenas quedaba el nombre. Quien lo viera por primera vez, no sería capaz de intuir sus tiempos de inconsciente y hermosa decadencia, su pasado de rock y humo.

El aire y la luz blanca de las lámparas habían conseguido colonizar la oscura geografía y la barra mordida por llaves, en algún momento, fue sustituida por una de madera veteada y pulida, alfombrada por posavasos verdes como greens de campo de golf. Ni rastro del billar ni la rockola, olor a ambientador a las dos de la madrugada.

Uno es, entre otras cosas, todos los bares que importaron en su vida, igual que es las mujeres que amó y los fantasmas que le mantienen con los ojos abiertos en la noche. Salir al reencuentro de cubiles, amores y sombras nocturnas no suele ser la mejor idea para la paz del espíritu, pero ya saben, y disculpen la metáfora extenuada, que el asesino siempre vuelve al lugar del crimen.

Claro que yo también había cambiado y parece que El Comanche era el ganador del duelo del tiempo; treinta años acostumbran a caerle mejor a los garitos que a sus parroquianos. La humedad y las pintadas de los baños suelen saltar mejor que las ojeras y el fracaso.

-¿Qué va a ser, señor?

–Para empezar, que me quites el usted, chaval, o vamos a tener un problema.

Por supuesto que no le solté eso, aunque mentiría si dijese que el cuerpo no me lo pidió… pero puestos a dar gustos a entrañas y nostalgias:

– Jack Daniels con hielo, por favor.

Como en aquel entonces. Si una cosa buena tiene el Bourbon, es que él si conserva el ardor de los años, y su fuego sigue besando a los cincuenta igual que lo hacía a los veinte. Ahora casi nunca lo tomo, pero era mi trago del auténtico Comanche, y pedir otra cosa hubiera sido como brindar por el recuerdo de un muerto con zumo de naranja. Las liturgias son las liturgias.

– Perdona, hace siglos que venía por aquí, apenas tendría tu edad.

¿Sabes que fue de Fernando, el que llevaba esto entonces?

Preguntar por un amigo tres décadas después es como caminar por una laguna helada, y cuando caes en que el chaval de la barra piensa más de la cuenta en cómo dar la respuesta, el hielo comienza a crujir y a tejer hilos de araña en la superficie.

– Verá, hace ya años que no sabemos de él. El dueño de ahora empezó con Fernando de socio, pero la cosa no terminó bien. Acabó vendiendo su parte a mi jefe y hace ya años que no se le ve por el barrio.

Me llevé el vaso a los labios y asentí; el comentario del chico me alivió en parte. Desde que entré por la puerta del local, supe que Fernando no podía tener nada que ver con este lugar, era como imaginar a Keith Richards operando a corazón abierto en un quirófano esterilizado: dos conceptos que no casan; mejor una discusión por un negocio que algo irreparable.

Quería a Fernando y aunque jamás he vuelto a saber media palabra de él desde esos días, el recuerdo de tantas madrugadas compartidas me sigue calentando el corazón. Pero la realidad, ya estarán imaginando, es que no había vuelto después de media vida a brindar con los camaradas.

Seguramente les habrá sucedido, veamos si les resulta familiar. Las cosas marchan bien, el tiempo se desliza suave y se vive en una calma cotidiana que, si no se está atento, puede confundirse con la felicidad; lo cierto, es que solo es su melliza cobarde y en esa mansedumbre crecen con facilidad las preguntas incómodas sobre uno mismo, y las únicas respuestas sinceras que podrías darte se parecen demasiado a aullidos. Hay otras más cabales, pero más que a respuestas, suenan a excusas.

-Llénamela, por favor.

Seguí mirando El Comanche como quien mira los restos de un naufragio. Los bares son las embajadas de los uno mismo por el mundo. Hay embajadas de la urbanidad, el café y el buenos días. Embajadas de la armonía con mesa compartida, fuera de juego y digestión de orujo. Embajadas del incógnito en la esquina más discreta de la barra.

Sobre cualquier cosa, consulados de un pasado que no vuelve.

Y ahora, inevitablemente, esa sensación de ser un imbécil. Después de haber conducido cinco horas y estar varado en un local de cartón piedra, en compañía de un chaval con pinta de haber saltado del instituto a la barra con las prisas de la necesidad… Bueno, puestos a ser un imbécil, vamos a por el cum laude; total, se está haciendo tarde y aquí no me

pillan de nuevo.

–Ponme otra, y si no te importa, voy a pedirte un favor.
¿Podrías buscarme una canción en el ordenador ese? Es una chorrada, pero cuando yo venía por aquí, era una especie de himno.

–Claro, no se crea, cosas más raras me han pedido. Sonrió; creo que a esas alturas ya pensaba en mí como un colgado inofensivo. -¿Qué va a ser?

-Hysteria, de Def Leppard.

-Venga, ¿cómo se escribe eso?…

Out of touch, out of reach, yeah
You could try to get closer to me
I 'm in luck, I'm in deep, yeah
Hypnotized, I'm shakin' to my knees
I gotta know tonight…

Así es el pandemónium que tenemos en la mente; entornas los párpados, repta el whisky como una cascabel por la garganta y la voz de Joe Elliot flotando entre las vigas. Comanche, levántate y anda.

– Me gusta mucho esa canción, aunque no sabía cómo se llamaba. La limpiadora siempre la pone antes del cierre.

Cause it's a miracle, oh say you will, ooh babe
Hysteria when you're near…

No podía ser. Imposible.

-¿Cómo se llama la limpiadora?

-Beatriz. Siendo la hora que es, debe de estar al caer. Ya iba a bajar la persiana.

Y ahí empieza el vértigo; como todo lo crucial en la vida, en un destello de segundo. En un parpadeo, el vértigo.

Saqué 50 euros de la billetera.

– Sírveme otro, y pon también un ron con naranja en vaso ancho.
Apiádate de mí y deja que me encienda un cigarro con la persiana bajada.
Quédate el cambio

Sonrió y sacó un cenicero mientras apagaba algunas luces. Buen chaval.

Te debo una.

Desde la puerta, una voz apresurada:

-¡Hola! Perdona la hora Carlitos, está imposible aparcar…

Se paró de golpe al llegar a la barra y me miró atónita. Detrás de las gafas, la bata y la cara cansada, seguía siendo ella. Beatriz.

-Hola Bea. Nos tomamos esto y nos cruzamos al Bones. Hay un concierto más tarde. Rober y Noe también vienen y mis padres están en la playa…

I gotta know tonight
If you're alone tonight
Can't stop this feeling
Can't stop this fire…

Sonrió y comenzó a caminar hacia mí. Juro que aquellos neones volvieron a prenderse en sus ojos.